

Una explosiva aventura por entregas

Alberto
Vázquez-Figueroa



SULTANA ROJA

El fuego

3^a
entrega

El horizonte de María se ensancha.

Rompe los lazos con su familia y se convierte en una mujer de mundo: conoce diferentes países, hombres y placeres.

Aprende a disfrutar de la vida, a hacer el amor y a matar, pero nunca olvida su misión y jamás permite que alguien se aproveche de ella...

TERCERA PARTE

EL FUEGO

Uno era muy joven, casi un niño.

El otro, el sargento, grande y musculoso, tenía la cara abotargada, enrojecida por un bochornoso calor que hacía que su verde camisa apareciese empapada de sudor.

Habían detenido el vehículo en la entrada del bosquecillo y los espíe mientras avanzaban por entre la maleza, preguntándome sobre cuál de ellos debería disparar en primer lugar si me veía obligada a hacerlo.

El joven parecía más ágil y por lo tanto tal vez más peligroso, pero el sargento ofrecía todo el aspecto del hombre baqueteado en incontables enfrentamientos con toda clase de delincuentes, y ducho por lo tanto a la hora de resolver situaciones difíciles.

Recé para que mi plan diese resultado.

No deseaba tener que matar a nadie.

Tampoco deseaba morir.

Pero mucho menos deseaba tener que pasarme años en la cárcel.

Por aquel tiempo la cárcel no se me antojaba, como ahora, una especie de liberación.

¿O más bien debería decir refugio cuando consideras que ya no queda ningún otro lugar en que esconderte?

¿Cuántos deberán estar buscándome en estos momentos para matarme?

¿Cuántos habrán puesto precio a mi cabeza?

¿Y cuál será ese precio?

Alto sin duda.

Mucho más alto de lo que nunca supuse, puesto que jamás llegué a imaginar que consiguiera causar tanto daño a

tanta gente.

¿Me alcanzará en esta escondida celda la venganza?

¡Ojalá no lo haga antes de que termine lo que estoy escribiendo!

Si no lo termino; si no dejo constancia de por qué hice lo que hice, habré perdido mi vida estúpidamente.

Y serán muchos los que habrán muerto para nada.

Seguían avanzando.

Me oculté, y cuando llegué a la conclusión de que se encontraban a menos de diez metros de distancia, comencé a cantar.

Era una cantinela monótona, absurda y sin sentido; lo primero que me vino a la cabeza, pero surtió su efecto, puesto que los dos hombres se detuvieron unos instantes y al poco cambiaron de rumbo para acabar por aproximarse a donde me encontraba.

En el momento justo me volví a mirarlos.

No di muestras de temor, y ni tan siquiera de sorpresa.

Con los pechos al aire, una diminuta toalla anudada a la cintura y el cabello empapado permitiendo que el agua me cayera libremente por los hombros los observé con toda la impasibilidad que fui capaz de demostrar, consciente de que eran ellos los que en verdad se habían sorprendido.

Y casi atemorizado.

—¡La madre que me parió! —exclamó el más joven—. ¡Qué tía!

—¡Calla, coño!

—¿Pero está usted viendo eso?

—¿Acaso estoy ciego? —Intentó elevar los ojos y mirarme a la cara—. ¿Quién eres? —inquirió trabucándose.

Ondeeé en lo alto del palo mayor mi bandera de «pen-deja», puse cara de estúpida y acabé por pronunciar una frase que me hizo famosa:

—¿Ahhhh?

—¿Que quién eres y qué haces aquí?

—¿Ahhhh?

—¿Qué te pasa? ¿Es que no me entiendes?

—¿Ahhhh?

—Debe ser mora.

—¡Pues joder con la mora! Si todas son así entiendo por qué se tapan tanto.

—Pues lo que es ésta no se corta un pelo. ¿Usted cree que está buscando guerra...?

—¡Pero qué dices, imbécil! ¿Cómo se te ocurre?

—Es que yo no he visto una tía tan buena en mi vida, mi sargento. A lo mejor quiere dinero.

—¡Calla o te meto un paquete de no te menees! ¡Vámonos de aquí!

—¡Pero mi sargento!

—¡He dicho que nos vamos!

Y se fueron.

Si alguna vez llega a leer lo que he escrito, aquel grandullón puede sentirse orgulloso de su hombría.

Y feliz, porque de no haber sido tan estricto tal vez estaría muerto.

Ha pasado mucho tiempo, pero si mal no recuerdo quiero creer que no me encontraba excesivamente dispuesta a perder mi virginidad a manos de una pareja de la Guardia Civil.

No es que tuviera nada contra ellos, ni un especial apego a mi virginidad, pero es que estoy convencida de que si la cosa hubiera ido a más habrían acabado por descubrir mi burda superchería.

Y en ese caso me temo que no hubiera dudado a la hora de disparar.

¡Disparar!

Resulta tan sencillo.

Un simple movimiento del dedo y el arma obedece ciegamente sin importarles un ápice quién se ha colocado ante su negra boca.

Lo malo viene después, cuando te detienes a meditar sobre lo que has hecho y te preguntas si el muerto merecía

tal destino.

Creo que la mayor parte de los que me he llevado por delante se lo merecían, pero aquella pareja no.

Aquella pareja se limitaba a cumplir con su deber pese al tórrido calor de un mediodía de verano manchego, cuando lo lógico hubiera sido que a aquellas horas se limitasen a sestear a la sombra, o a jugar al dominó en cualquier posada del camino.

Se alejaron por donde habían venido, sin que el sargento le permitiera a su subordinado volver ni una sola vez la cabeza, y sin ni reparar en el hecho de que a corta distancia un hombre se desangraba respirando cada vez más trabajosamente.

Al-Thani ni siquiera se enteró de lo que había pasado.

Tampoco se lo conté nunca. ¿Para qué?

Aguardé a que cayera la tarde, lo acomodé de nuevo en la trasera de la desvencijada camioneta y reemprendí una vez más el largo camino, rumbo al sur.

Creo recordar que durante aquella interminable noche deseé con toda mi alma que muriese.

Si lo hacía me limitaría a enterrarle tal como me había pedido, bien envuelto en una sábana, para encaminarme luego a algún lugar perdido y olvidar para siempre mis ansias de venganza.

Sabría encontrar un hombre que me devolviera la esperanza.

Alguien que aunque fuera remotamente se pareciese a Sebastián, y a quién pudiera darle cuanto sabía que llevaba en mi interior sin que le hubiera dado la oportunidad de surgir hasta el momento.

Me empeñaría en hacerle feliz a cambio de que me permitiera dejar atrás mi pasado.

¡Qué estupidez!

¿Se puede hablar de pasado cuando aún no se han cumplido veintiún años?

Supongo que sí desde el momento que has dejado un muerto y dos atracos a tus espaldas.

Y desde el momento en que estás pensando seriamente en cómo te las arreglarás a la hora de cavar una tumba en mitad de la noche.

De tanto en tanto me detenía para volverme a observar a quien días atrás me fascinaba hablándome de cine.

Olía a demonios.

Hedía a perro muerto, sudor, orines, vómitos y excrementos.

Dios me perdone, pero continuamente tenía que luchar contra el impulso de adentrarme por algún oscuro caminitillo, sacarlo de la furgoneta por los pies y abandonarlo, allí, tumbado cara al cielo dejándole morir en paz o concediéndole la oportunidad que alguien lo recogiera y se lo llevara a un hospital al día siguiente.

¿Era valor o miedo lo que me impulsaba a seguir adelante?

Tantos años después aún me lo pregunto, y a fuerza de ser sincera debo admitir que nunca he tenido una respuesta convincente.

¡Un kilómetro más! ¡Sólo uno!

Hasta el pueblo siguiente.

Pero avanzaba un nuevo kilómetro, cruzaba frente a un pueblo en penumbras y nunca me decidía a detenerme.

Por fortuna las gasolineras que encontraba en mi camino eran en su mayor parte de autoservicio.

Me detenía lo más lejos posible del adormilado guardián que se mantenía en el interior del edificio, llenaba el depósito, me aproximaba a pagar y comprar agua, refrescos y chucherías con las que engañar el hambre, y continuaba carretera adelante sin que el buen hombre se percatara del lamentable estado de mi pútrido pasajero.

Por fin, cerca ya del amanecer, un motel salvador hizo su aparición en el horizonte.

Más que motel propiamente dicho se trataba de una especie de casa de citas de carretera, ya que se podía guardar el coche en un pequeño garaje desde el que se ascendía directamente a un cochambroso dormitorio en el que apenas cabía más que una enorme cama de maloliente colchón.

Pero no hacían preguntas.

Y tenía bañera.

Llevarle bañera constituía a todas luces una exageración, pero me permitió introducir a Hazihabdulatif en el agua para intentar liberarle de la mugre acumulada durante aquel espantoso día.

¿Había hecho todo aquello para convertirme en enfermera?

Supongo que no, pero Al-Thani abrió unos instantes los ojos y pude leer tal gratitud en su mirada que me bastó con ello.

Si alguien me hubiera asegurado en aquellos momentos que sería yo quién le matara, le consideraría un demente.

Estoy segura de que ni su propia madre hizo tanto por conservarle una vida que pretendía escapársele.

¡Qué absurdo puede llegar a ser el destino de los seres humanos!

Qué absurdo y qué caprichoso.

Me tendí a su lado, los dos desnudos y empapados en un vano intento por luchar contra el insoportable calor que se apoderaba desde mediada la mañana de aquel infecto cubículo, y dormimos así, el uno junto al otro durante dos largos días con sus correspondientes noches.

No se escuchaba más rumor que el de los camiones que cruzaban por la cercana carretera y la encargada del local, una vieja gruñona y sarmentosa debió suponer que estábamos viviendo una apasionada y agotadora historia de amor.

Aún me pregunto cómo se las arregló Hazihabdulatif para sobrevivir.

Pero lo hizo y al oscurecer del tercer día se irguió en la cama para señalar con voz ronca y pastosa:

—¡Vámonos!

—Estás demasiado débil.

—Peor estaré si nos atrapan. Llevamos aquí demasiado tiempo y eso siempre acaba por despertar sospechas. ¡Vámonos!

La vieja dormía cuando le ayudé a acomodarse en la furgoneta y abandonamos aquel espantoso lugar de pesadilla como una oscura sombra tragada por las sombras de la noche.

Al amanecer me encontraba en «mi tierra».

¡Andalucía!

Fue un impulso absurdo e infantil, lo reconozco, pero cuando mediada la tarde cruzamos cerca del único lugar en el que he sido realmente feliz, no pude resistir la tentación y abandoné la autopista para atravesar campos y pueblos y acabar por detenerme frente al blanco caserío que ocultaba en cada rincón y cada patio mis más preciados recuerdos.

Lucero pastaba en el campo.

Uno de los perros, *Canijo*, me reconoció en el acto y corrió a olisquearme las piernas.

El otro, *Bandido*, probablemente había muerto de viejo.

Salí del coche y avancé unos metros acariciando al chuchito y recorriendo con la vista objetos y lugares que me devolvían a un tiempo que no hubiera querido abandonar nunca.

El árbol del columpio; la mesa en que nos sentábamos a cenar las noches de verano; el pozo del que los niños sacaban el agua cada tarde, y el porche bajo el que Sebastián extendía su multicolor hamaca caribeña.

¡Y las macetas!

Docenas de macetas repletas de claveles y geranios que mi madre había ido colocando aquí y allá día tras día y año tras año, y aún me parecía estarla viendo mientras daba

unos pasos hacia atrás para cerciorarse de que ocupaba el lugar exacto para el que estaba destinada.

Al-Thani dormitaba amodorrado.

Yo soñaba despierta, puesto que durante años había soñado igualmente despierta con la posibilidad de regresar a aquella casa y aspirar de nuevo el olor del establo, de la hierba recién segada, del fuego de leña y de la albahaca plantada junto a la puerta para alejar a los mosquitos.

¡Mi hogar!

El único que tuve nunca.

El que Sebastián nos dio.

El que escuchó nuestras risas.

El que fuera mudo testigo de tantas noches de amor inimitable.

—¡Largo de aquí!

—Tan sólo estoy mirando.

—No tienes nada que mirar. Esto es propiedad privada.

¡Largo he dicho!

Lo recordaba muy bien. Era el hermano mayor de la mujer de Sebastián; aquel que un día nos echó de la casa sin permitirnos llevar más que lo puesto.

Pero no experimenté rencor alguno, puedo jurarlo.

Tenía más que sobradas razones para aborrecer a un mal nacido que nos había puesto en la calle sin detenerse a meditar en que no éramos más que unos niños, pero insisto que en aquel momento no pensé en ello, sino únicamente en el hecho de que quería permanecer unos minutos más allí, contemplando la casa.

—¡Ataca!

Canijo ni se movió siquiera.

Tal vez, si se lo hubiera pedido yo, le hubiera atacado a él.

Era un tipo en verdad miserable, enclenque y encorvado; una caricatura de hombre que pareció entender de inmediato que jamás conseguiría expulsarme por la fuerza de su «propiedad privada».

Me miró de abajo arriba, fue a decir algo, pero se lo pensó mejor, se mordió el labio superior y dando media vuelta desapareció por donde había venido.

De nuevo me invadió el olor a establo, hierba recién segada y albahaca.

De nuevo me sentí en paz conmigo misma contemplando el porche y las macetas.

¡Cinco minutos más!

Eso era todo lo que pedía: cinco minutos más para evocar la figura de Sebastián balanceándose en su hermosa hamaca caribeña y luego me alejaría para siempre llevándome conmigo mis recuerdos.

Pero de pronto el muy cabrón emergió del interior de la casa esgrimiendo una herrumbrosa escopeta de caza.

—¡Te largas o te reviento, hija de la gran puta!

Yo conocía muy bien aquella cochambrosa escopeta.

¡Ya lo creo que la conocía!

Mis hermanos habían jugado con ella miles de veces.

Di media vuelta, me encaminé al coche, lo abrí, saqué del bolso mi impresionante revólver y apunté directamente al entrecejo de aquel mal nacido.

Se quedó alelado.

Comenzó a temblar y el cañón de su arma iba de un lado a otro como si estuviera olisqueando el suelo en busca de una boñiga sobre la que disparar.

Pero el muy imbécil ni siquiera la había amartillado.

Yo sí que amartillé el revólver buscando asegurar el tiro.

Lanzó un gemido y comenzó a orinarse.

Estaba tan aterrado que ni siquiera era capaz de echar a correr, como si de pronto se hubiese quedado clavado al tabazón del porche.

—¡No, por favor...! —suplicó.

De pronto el odio que dormía en algún rincón de mi memoria despertó.

Me vino a la mente el dolor de mi madre, el llanto de los niños, y la humillación con que me alejé de aquella casa

tanto tiempo atrás, y lo peor que llevo dentro se revolvió en lo más profundo de mi ser.

—¡Por favor...! —repitió casi como un maullido.

Si no hubiera suplicado tal vez me habría contentado con continuar observando cómo se meaba, pero recordé que mi madre le había pedido que nos permitiera quedarnos tan sólo una noche más y se negó en redondo.

—Intenta disparar, porque voy a matarte —escuché que le decía, teniendo la impresión de que era otra persona la que hablaba—. ¡Vamos! ¡Inténtalo!

Alzó aquella «carabina de Ambrosio» casi prehistórica como si pesara una tonelada e hizo un sobrehumano esfuerzo por colocar el pulgar en el percutor con el fin de echarlo hacia atrás y amartillar al menos uno de los cañones.

Lloraba y gemía.

Se inclinaba sobre sí mismo, esforzándose al máximo, pero el percutor estaba tan oxidado que por más que lo intentaba no conseguía levantarlo.

Me gustaría poder decir que fui generosa; que sentí lástima de él y me conformé con disfrutar del indescriptible calvario de terror por el que estaba atravesando, pero no fue así.

Quedó tendido justo bajo el punto en el que Sebastián solía colgar su hamaca, y cuando puse el coche en marcha y me alejé definitivamente del único lugar en que he sido feliz, ni tan siquiera experimenté un leve asomo de emoción.

No había ido allí a matarle, pero merecía estar muerto.

Alguien que expulsa de su hogar a una pobre mujer y tres mocosos, para obligarles a pasar la noche en una desolada estación de tren, merece cuanto le ocurra.

De no haber sido por él, probablemente no hubiera tenido que pedir limosna.

De no haber sido por él, probablemente no hubiera tenido que soportar los lametones de doña Adela.

De no haber sido por él, probablemente no hubiera tenido que matar al turco Yusuff.

¿O tal vez sí? Tal vez mi destino estaba marcado de antemano pese a que aquel desecho humano nunca hubiese existido.

No quiero justificarme culpándole a él por lo que hice.

Creo recordar que ya he dicho que desprecio a quienes se disculpan.

Le maté y basta.

Había comenzado a rodar por la pendiente y he podido comprobar que con frecuencia, cuanto más nos hundimos en la mierda más nos complace revolcarnos en ella.

Si me veía obligada a pasar el resto de mi vida en la cárcel por haber acabado con un hijo de puta turco, ¿qué importa que fuera por haber acabado también con un hijo de puta español?

Lo que sobran en este mundo son hijos de puta de todas las nacionalidades.

Al-Thani, que había asistido a su muerte, impasible y en silencio, no hizo el menor comentario hasta que nos encontramos de nuevo en la autopista.

—La venganza nunca ha sido buena compañera de viaje —musitó al fin sin volverse a mirarme—. De hecho es la peor que existe.

—No fui allí para matarle —repliqué.

—¿Estás segura?

Siempre he tenido la impresión de que Hazihabdulatif me conocía mejor de lo que yo misma me he conocido nunca.

O quizá el problema estribe en que siempre fue más inteligente que yo.

A menudo me he preguntado si tendría razón y en lo más íntimo de mí ser se escondía un secreto deseo de venganza.

«La venganza es mi ley», ya lo he dicho, pero no aquélla.

Resulta doloroso hurgar en los recovecos del cerebro en busca de la razón última de nuestros actos.

¡Muy doloroso!

Y muy frustrante puesto que con frecuencia nos negamos a admitir evidencias que a cualquier observador imparcial se le antojan indiscutibles.

Y en este caso particular «Cimitarra» se había comportado como un observador absolutamente imparcial, o como si el hecho de sentir tan cercano el aliento de la propia muerte le hubiera vuelto indiferente a la muerte ajena.

Treinta kilómetros más allá volvió a musitar sin volverse a mirarme:

—Háblame de ese hombre.

—No hay nada que decir.

Ahora sí que se giró para observarme con extraña fijeza.

—Me inquietas —dijo—. Alguien que no tiene nada que decir de aquél a quien acaba de matar, resulta preocupante. ¿Por qué le odiabas?

—No sabía que le odiaba hasta que disparé sobre él. Son cosas del pasado y no me gusta hablar de mi pasado.

—A mí tampoco —admitió, y ahí acabó la conversación sin que nunca volviéramos a mencionar el incidente.

«Incidente».

¡Qué palabra tan anodina para referirse a la muerte de un hombre!

Para aquel mal nacido no fue desde luego un «incidente».

¿Tal vez un «accidente»?

Debo reconocer que con el tiempo llegué a convertirme en un «accidente» bastante común para un cierto tipo de personas.

¡Demasiado común a mí entender!

«¡Sevilla. Cuarenta kilómetros!».

El cartel anunciador me devolvió a la realidad.

«¡Sevilla!».